



El H.I.V. como quiebre en la obra cronística de Caio Fernando Abreu

Marina Valeria Read
U.N.R.
readvaleria@hotmail.com

La reacción que dispara, en los cronistas de los años 80, el deseo y cumplimiento efectivo de superar la mera documentación de lo real, es producto del deterioro de vastos sectores sociales. La empresa era poder erigirse con nuevas estrategias que permitieran la apropiación cultural para así promulgar una nueva memoria colectiva que ponga a luz lo antes ocultado.

La crónica irrumpe como el tipo de registro de la nueva experiencia urbana, posibilitando la incorporación de ciertas zonas de la cotidianeidad que superan cualquier paradigma canónico.

Escritas entre 1986 y 1989, y entre 1992 y 1995, y publicadas póstumamente en 1996, las crónicas de Caio Fernando Abreu son el relato de los avatares y sucesos de *su* mundo contemporáneo. Estas crónicas están trazadas bajo el amparo desolador de la violencia de sentirse plenamente consciente de ser *lo otro*.

Una particularidad con respecto a estas crónicas: se sitúan en un plano ambiguo que fluctúa entre el mundo ficticio y el mundo de “lo real”. El plano de lo ambiguo es *el* plano de estas crónicas: por un lado, lo real es un ente biplano, es la diferencia entre lo que uno percibe y lo que ocurre; y por el otro, la ejecución en técnica ficcional, es decir, lo netamente literario. Desde el doble plano de lo real y el de la “ejecución inventiva”, estas crónicas parten y se construyen.

La hibridez de estas crónicas contiene en su amalgama la unión de los discursos “bajos” y “antiestéticos”, donde los espectros rasgados de la melancolía en primera instancia y luego del duelo y de la melancolía se pasean de modo constante en este entramado textual.



La imposibilidad de elaborar un luto, el cual es necesario para las pérdidas materiales o simbólicas, es interpretada por Freud como *la condición melancólica*.

La melancolía es vista como un estado más duradero que el de la angustia. En el estado melancólico el sujeto no conoce otra realidad de vida que aquella que pauta el luto no cumplido.

El sujeto que se enuncia en estas crónicas, atraviesa el duelo, el cual es entendiendo como la reacción frente a la pérdida de la persona amada o de una abstracción como puede ser la patria, la libertad, un ideal; y la melancolía entendida como una reacción frente a la pérdida de un objeto amado, pero siendo éste de origen inconsciente (Freud 1917).

La intención de este trabajo es, pues, analizar el quiebre que se produce en la obra cronística de Caio Fernando Abreu tras la noticia de ser portador de H.I.V y cómo operan el duelo y la melancolía, en esta ruptura.

Pequeñas Epifanías:

Podemos decir que el cuerpo de crónicas de Caio Fernando Abreu reunido bajo el título *Pequeñas epifanías*, está dividida en dos partes: la primera son las crónicas que escribe entre Abril de 1986 y abril de 1994; y la segunda parte que se inicia en Agosto de 1994 hasta diciembre de 1995 siendo el hecho fundamental que nos permita realizar esta marcación, el análisis que acusa HIV positivo.

Si bien la discursividad en estas crónicas está atravesada por la melancolía, es interesante ver cómo en los relatos posteriores al resultado del test, este tono se acrecienta y profundiza, uniéndose, además, el tono del duelo.

Por esta razón, las crónicas de esta segunda parte se tiñen de un tono lúgubre y mortecino. Por ejemplo en la crónica "Para una compañera inseparable" dice el cronista:

En Gramado, el Festival de Cine; en Passo Fundo la jornada de Literatura: una semana de fiesta en Rio Grande Do Sul. No para mí, que no fui invitado a ninguna



de las dos (¿tal vez piensen que ya me he muerto?), y aunque lo fuera, casi seguramente no podría ir. (Abreu 1996: 175)

En cuanto a la primera parte de libro, compuesta por 31 crónicas, podemos establecer que el relato “Una fabula tontita” resume o condensa el entrar y salir de la melancolía de todo este primer corpus.

“Una fabula tontita” refiere la historia de un hombre que cansado de andar, se sienta al costado de un árbol a ver pasar la vida, pero lo que ve en todo ser viviente que lo rodea es la inminencia de la muerte. Por su lado pasan un surfista, jóvenes, una anciana, un pájaro, un circo completo y luego de verlos pasar solo exclama: “Parece que no saben que van a morir” (Abreu 1996: 57). Finalmente la muerte viene por él; sin más da un salto y exclama: “todavía tengo mucho por hacer” (Abreu 1996: 59). Se da vuelta y sale corriendo sin mirar atrás.

Es importante reparar en esta última frase, en la cual se resume el deseo de vida y no el que predominará en sus últimas crónicas en las cuales el lazo es, sin duda, con la muerte.

Asimismo el escenario en el cual transcurre la acción está plagado de colores vivos y brillantes: el aire y el cielo azul, los cabellos mojados que brillan al sol, el poni blanco en el cual la bailarina del circo hace equilibrio, la rosa roja que le tiran a sus pies.

Sólo en un momento el relato se vuelve oscuro y es cuando con la noche llega la muerte, pero el recurso que termina con esa opacidad es la huida veloz del personaje.

Es conveniente detenernos en el hecho de que en la crónica inmediatamente anterior, titulada “El mayor de los aprietos”, se hace una reflexión sobre el SIDA y refiere a la primera vez que oyó hablar del virus si saber que él mismo era portador. Resulta elocuente el epígrafe: “Hay mucha gente contaminada por la más grave manifestación del virus-el sida psicológico” (Abreu 1996: 54).

Y donde se esboza la más brillante y poética idea de homosexualidad de la obra:



Sólo que homosexualidad no existe, nunca existió. Existe sexualidad-dirigida hacia un objeto cualquiera de deseo. Que puede o no tener la misma genitalidad, y eso es un detalle. Pero no determina mayor o menor grado de moral o de integridad. (Abreu 1996: 55)

En el corpus textual que compone la segunda parte del libro, podemos encontrar que en la crónica “Agosto por dentro” se produce una condensación del registro melancólico que predominará en este entramado final. Aquí, la melancolía en paralelo con el duelo no sólo será el estado del que definitivamente ya no se sale, sino que por el contrario con él se muere.

Aquí se muestra un escenario escindido: Por un lado los bañistas mojando sus cuerpos y bañándolos de sol, y por el otro, él sentado a la sombra, en la oscuridad y bañado de la plena conciencia de ser lo otro: “No era una duda, sino una certeza. Absoluta. Sin envidia ni pena, bronca o ganas furiosas de que fuera de otro modo. Secamente, definitivamente, yo no formaba parte de eso” (Abreu 1996: 173-4).

Aquí el cronista es el que “ya no forma parte”, y no sólo por no poder tomar Cerveza, ni tomar sol en horarios impropios como hacen los demás, sino por algo que él mismo no sabe explicar y que es, sin duda, el caminar hacia la muerte.

Dice el final de la crónica: “Desde entonces tengo unos agostos por dentro, unas fiebres. Una tristeza que nada ni nadie arregla. ¿Es así como se comienza a partir?” (Abreu 1996: 174).

Ahora aparecerán el más crudo sufrimiento, las fiebres, el insomnio, la tos permanente, en fin, el dolor físico y espiritual.

Una de las últimas crónicas que escribe, está dedicada a Frida Kahlo quien fue capaz de transformar en arte su doloroso sufrimiento: “Ella se miraba en el espejo y pintaba y escribía sin parar lo que conocía mejor: El propio dolor” (1996: 188).

Al igual que Frida, Abreu no se da por vencido ante la dolencia terminal, y realiza una amplia producción de libros en los cuales ya no aparece la belleza que registraba el cronista decimonónico, sino que ahora será la sublime belleza del dolor y de la enfermedad aquello de lo que se haga registro.



Vale decir que paradójicamente es la melancolía la que lo salvará de un silencio incapacitante.

En este homenaje a Frida, Abreu dice:

Paso noches largas, difíciles, el sueño escaso, entre fragmentos febriles de sudores y pesadillas, asombrado por Frida Kahlo. Lloro mucho. No consigo terminar el libro, no consigo parar, no consigo seguir adelante. Sujeto su mano imaginaria en la oscuridad de mi habitación y sé que sea cual fuere la dimensión de mi propio dolor, no será jamás mayor que el de ella. Por eso mismo yo lo soportaré. Como ella, en su homenaje, Frida. (1996: 189)

Muerte, enfermedad y remedios son los temas recurrentes de esta segunda parte. No obstante estas temáticas se inmiscuyen en una discursividad que al construirse no opta sólo por la negatividad sino que, en muchos casos, sus entramados están hilados con un salvaje optimismo.

En la “Última carta hacia más allá de los muros” dirigida a la ciudad de Porto Alegre escribe:

(...) Sé también que para los otros, este virus de ciencia ficción sólo ataca a gente maldita. Para esos, recuerda Cazuzza: “Vamos a pedir piedad, Señor, piedad para esa gente careta y cobarde”. Pero a ti, te revelo humilde: lo que importa es la Señora Doña Vida, cubierta de oro y plata y sangre y musgo del tiempo y crema chantilly a veces y serpentinas de algún Carnaval, que descubre poco a poco su rostro horrendo y deslumbrante. De alguna forma absurda, nunca estuve tan bien. Armado con las armas de Jorge. Los muros siguen blancos, pero ahora son de un balcón colonial español que me hace pensar en García Lorca. (1996: 110)

Este salvaje optimismo, detrás del cual podemos vislumbrar el desgarrador duelo que está llevando a cabo, también lo encontramos en sus cartas personales:

He llamado mucho a Rafael para que vierta el contenido de su ánfora dorada en mi sangre, para purificarla y Nael, mi amigo personal, me protege siempre. A tal punto que conseguí cambiar el HIV en una cosa positiva dentro de mí. Después de casi morir ahora ando feliz. (Abreu 2002)

Podemos ver, velado, detrás de esa actitud positiva, el temor, el dolor y la angustia de un duelo inevitable que, sin más, le posibilitará la escritura de sus más bellas crónicas.

Finalmente, luego de este breve análisis, hemos podido apreciar la variación discursiva que se produce en sus crónicas tras la noticia de ser HIV



positivo y como la melancolía en primera instancia y luego ésta en paralelo con el duelo, lejos de ser fenómenos paralizantes en su actividad literaria, por el contrario, permiten poner en funcionamiento toda una maquinaria discursiva sobre la cual, aún, resta mucho por decir.

Bibliografía

Abreu, Caio Fernando (1996). *Pequeñas epifanías*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Abreu, Caio Fernando(2002). "Carta dirigida a Lucienne Samôr", en *Cartas*. Rio de Janeiro. Aeroplano Editora e Consultoria Ltda.

Bernabé, Mónica (2006). *Idea Crónica*. Rosario. Beatriz Viterbo

Freud, Sigmund (1994) [1917]. "Duelo y melancolía", en *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu.

Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México. Fondo de Cultura Económico.